

4 de noviembre de 1987

Julio César Spósito, cristiano por convicción, bien puede ser el resumen de tantos y tantos muchachos católicos que en la década del '70 asumieron el Evangelio como un modo de vida. Como un modo de vida, paradójicamente, puede verse su muerte cruel, alevosa. Se encontraba apostado en un peaje callejero en el cruce de General Flores y Yatay, denunciando las desapariciones de los militantes Ayala y Castagnetto, compañeros que no eran de su organización. Minutos antes de ese peaje, Julio junto a otros estudiantes, habían estado apoyando una movilización de los trabajadores de CICSSA en conflicto.



CONSTRUCTOR DE FUTURO CON SEMILLAS, CON LADRILLOS O CON PUÑOS

"Dar a conocer a Cristo y a la vez conocerlo lo más profundamente", escribía Julio Spósito respondiendo a un cuestionario, al integrarse al Movimiento de Infancia y Adolescencia de Acción Católica.

Sus 19 esperanzados años fueron truncados por la espalda. Las balas "democráticas" del pachequismo lo alcanzan —mientras reclamaba, exigía por sus compañeros— frente a la Facultad de Química, el 1° de setiembre de 1971.

Julio estudiaba y trabajaba en un quiosco de revistas, aportando al presupuesto familiar.

Militante cristiano, integrante de los grupos de Reflexión de Jóvenes de la Parroquia de Pocitos,

desarrollaba una tarea educativa con niños y pre-adolescentes en el Movimiento Infancia y Adolescencia (MIYA), tarea formativa crítica referida a la sociedad y sus valores. Julio sostenía que era necesario cambiar esta sociedad —por demás injusta— con la práctica diaria de los valores que humanizan.

"Los niños —decía Julio— son el futuro de nuestra sociedad y debemos comprometernos con ellos y junto a ellos, de lo contrario, no nos pongamos el título de cristianos."

Integrante de los grupos de Juventud Estudiantil Católica (JEC), compartía y reflexionaba sobre la realidad del Uruguay que le tocó vivir.

"Creía en el cristiano alegre y militante, radica-

lizado y fraterno, por eso vivió en actitud de lucha y entrega permanente, comprometido junto al pueblo".

Ese compromiso cristiano y militante lo llevó a integrarse a la lucha política y estudiantil en uno de los nucleamientos combativos de la época.

"No se destacaba por los verbalismos teóricos, pues demostraba sus ideas en la acción constante y disciplinada, vivida en diversos campos: en todos los frentes donde se luchaba por la verdad, por la justicia, por la liberación del hombre.

Tenia fe en el futuro libre de nuestra América y porque sabía que el futuro no viene solo sino que hay que construirlo con semillas, con ladrillos o con puños, arrojó el hombro en toda tarea que significase hacer que el futuro no sea mañana sino hoy..."



La situación familiar de los Spósito los puso por aquellos años, en la disyuntiva de poner un quiosco de venta de diarios y revistas para redondear el presupuesto. Esta familia, que todo lo encara en grupo, organizó colectivamente su trabajo en el pequeño negocio. En la foto, recostado al mostrador, se ve a Julio, quien todos los días madrugaba para abrir el localcito. Su militancia política, muchas veces lo hacía regresar al hogar a altas horas de la madrugada; nunca fue excusa ni pretexto para no responsabilizarse también en esta tarea.



"CORAZON EN MANO TENDREMOS QUE LUCHAR"

El padre de Julio decidiría un día aprender con sus hijos guitarra. Contaban para ello con la ayuda de un amigo que era diestro en ese oficio.

Julio sería, en definitiva, el único que logró sacarle sonidos al instrumento e incorporaría ese nuevo conocimiento a su militancia.

Tanto en la parroquia como a nivel estudiantil, su música fue también vínculo de confraternidad y compañerismo.

Unas horas antes de que fuera asesinado, escribió una milonga-canción.

El joven, que como miles creía-creíamos que podíamos, que estábamos cerca de cambiar la sociedad, intuía que "con el corazón en mano" no alcanzaba.

Peleó desarmado, cayó desarmado. Su canto anunciaba los mil rumbos del combate.

Algún "democrático" despistado o malintencionado podrá tal vez juzgar a Julio como un "maximalista", "violentista", "mesianico". Pero su canto-despedida es rescatado por quienes hoy, cristianos unos como Julio, luchan en Nicaragua y en El Salvador en la misma trinchera y con las mismas armas que el pueblo, haciendo viva la acción de Jesús el Nazareno que látigo en mano expulsara violentamente, maximalistamente, mesianicamente, a los fariseos del templo.

Grito a la libertad
Con todo mi sentir
Mi esfuerzo yo he de dar
Por el hombre hasta morir

Un fusil yo tomaré
Con él haré callar
A aquellos que en la vida
Nos negaban hasta el pan

Mi sangre borraré
Las huellas del dolor
De quienes en la vida
Por lo nuestro pelearán

Así se hará sentir
Por la fuerza al opresor

Pues nada hay que perder
Y mucho que ganar

Luz que ilumina tu voz
Al grito de insurrección
Que el pobre va a oír
Lo que al rico hará huir

Así se hará sentir
Por la fuerza al opresor
Pues nada hay que perder
Y mucho que ganar

Corazón en mano
Tendremos que luchar
Armados por la patria
Y la libertad

EL TRABAJO DE MI HIJO FUE EL EVANGELIO VIVIDO

En un bar muy cerca del IAVA, el grabador nos reunía con Julio Spósito y Lilibia Vitali, los padres de un cristiano revolucionario (o viceversa), y por unas horas —y no me equivoco— el joven abatido nos acompañó, nos golpeó en nuestro fuero íntimo y nos instó a profundizar el compromiso...

Del extenso diálogo, rescatamos, compartimos algunos conceptos que marcan la personalidad de un muchacho ejemplo de entrega.

—“Desde chiquito asumí responsabilidades. Muchas veces por mi trabajo y el de mi marido, él quedaba ‘al frente’ de la casa, de los hermanos. Usted me pregunta por su compromiso católico, y lo primero que quiero decirle es que nosotros lo somos, pero él eligió libremente serlo”.

—“Vivíamos en la parte de Pocitos pobre, por decirlo de alguna forma, y en él incidí mucho la pastoral de la Parroquia de Pocitos”.

Pocas veces nos encontramos con una familia que colectivamente ha asumido tan a fondo una postura frente a la vida, una postura de entrega, de solidaridad con el hombre.

—“Claro que estábamos totalmente de acuerdo con su pensar. Nosotros desde la primera convocatoria nos anotamos en los grupos de reflexión católica. Le digo más, lo hicimos desde el primer día y siempre trabajamos en esos nucleamientos y dirigimos grupos de bautismo”.

—“Estábamos todos, todos los hijos y nosotros dos”.

—“Mire, después que él tomó la comunión, pasó a integrar lo que se llamaban Grupos de Aspirantes de Acción Católica”.

Más tarde, cuando surgió el movimiento francés ‘Almas y corazones valientes’ que se denominó aquí MIYA, mi hijo se integró a él. A partir de ese momento su trabajo era el Evangelio vivido, vivido como vivió Cristo”.

—“Sí, él tenía una concepción del cristianismo y la llevaba a la práctica. Le diría que era un cristiano de Cristo. Mi hijo, junto a muchos cristianos tomaron la postura de Medellín y fueron coherentes con ella en la práctica”.

—“Estoy completamente convencido de que sintió verdaderamente que el cristianismo existía, que era cierto, a partir del compromiso con los pobres que significó



Medellín. Lo sintió y lo asumió con absoluta fe y confianza.”

—“Fíjese que en el grupo era él quien siempre hacía la oración...”

Sus padres intentan lograr bosquejar la personalidad del hijo, para que podamos rescatar-sumar al compañero.

—“Lo que voy a decir de mi hijo puede parecer un contrasentido, pero no lo es. El era así, tal cual, sumamente tierno, sumamente preocupado por los problemas humanos, y a la vez, era de una gran dureza. Una gran dureza con él mismo. Lo que tenía que llevar a cabo lo llevaba a cabo. Se levantaba muy temprano, se acostaba tarde muchas veces, pero fuera la hora que fuera, en el momento de cumplir con sus obligaciones se levantaba y se acabó. En muchas oportunidades se quedaba dormido como una piedra, totalmente vestido, pero apenas lo tocaba se levantaba y salía.



Su espíritu era de hacer y hacer y esa fuerza arrastraba...”

—“Justamente, los muchachos siempre decían que Julio era una persona que con su actitud comprometía a los demás”.

—“Era amigo de todos. No tenía enemigos, sí adversarios. Era muy leal en la amistad y una de las cosas que yo destaco de mi hijo —algo que siempre destacaba un sacerdote amigo— era su conducta de asumir la pobreza. Para él, la vestimenta era para abrigarse y la comida para alimentarse y reponer energías”.

Quisimos saber cómo repercutió en un hogar de militantes católicos la pérdida del hijo; el disparo que golpea por la espalda al luchador y apunta al corazón de toda una familia.

—“Yo lo asumí cristianamente. Para mí fue una reproducción de la resurrección de Cristo. Me sentí impulsada a ocupar el lugar de él en la militancia, a seguir adelante. Cuando volvimos del entierro —me acuerdo patente— le dije a los gurises: ‘A Julio no lo vamos a recuperar así que tenemos que luchar todos juntos para ocupar su lugar’.

A pesar de llorar y llorar, me impuse que no muriera, que viviera en nuestra vida de compromiso”.

—“Para mí la vida se dividió en dos: antes y después de su muerte. Dejé de lado montones de cosas, relativicé a partir de ese momento algunas cosas económicas, pequeñas vanidades y exalté otras... Dentro del sistema, una muchas

veces agarra vicios, vicios que son difíciles de abandonar pero en circunstancias así, uno comienza a relativizar muchas cosas y a comprender lo importante que es jugarse por los demás”.

Si bien la muerte de Julio nos dejó un vacío que no se llena con nada, que no se puede cubrir, tuvimos siempre la sensación de que su muerte no existía, porque estaba presente en la lucha hasta la caída de la dictadura.

Pero hoy día, a partir de hechos concretos, al encontrarnos con una situación tan neutra, donde vemos que se ha cedido en montones de aspectos, cuando uno observa que no ocurre nada, cuando incluso vemos que en la defensa de los Derechos Humanos no se ha sido todo lo duro que se debería haber sido, un poco uno se entretiene y se pregunta ante la muerte de los luchadores sociales: ¿y valió la pena el sacrificio de tanta gente joven, de tanta gente honesta, de tanta gente que dio todo, si nosotros los que quedamos, en vez de agarrar las banderas en serio arriamos las banderas, las lavamos, las planchamos y las metemos en un cajón para justificarnos, para decir estamos en paz...?”

La lacerante pregunta del padre de Julio queda planteada.

Todos y cada uno de nosotros en forma individual y colectiva tenemos la obligación, el deber de contestarla.

La respuesta puede ser una sola, las palabras sin acción —ayer como hoy— son solo palabras... 6

Envía señora tu espíritu divino,
Que renueve la faz de la tierra
Que ilumine a los hombres
Y construya tu Iglesia
Con los lazos de tu amor

Para que la Iglesia sea más pura:
Purificámos de nuestros pecados.

Para que tu Iglesia sea más radiante:
Aumenta nuestro celo por tu evangelio.

Para que tu Iglesia sea más santa:
Acrecienta en nosotros tu caridad.

QUE TODOS SEAN UNO, COMO TU Y YO, PADRE
SONOS UNO

ORACIÓN

Saint te pedimos que todos los activistas
que se hagan de ahora en adelante
nos salgan bien y además nos des
el entusiasmo y el vigor que
necesitamos.

En los grupos de jóvenes cristianos que dirigía, Julio era responsable de las oraciones y de su lectura. Repasando sus escritos nos encontramos con dos de ellas, de su puño y letra, que por sí solas muestran su profunda fe y entusiasmo en lo que creía y hacía.



En la foto Julio en un alto del trabajo voluntario en La Charqueada donde colaboraba en la construcción del comedor infantil.

